



Año II.

Madrid: 4 reales trimestre.
 ADMINISTRACION: Huertas, 56, bajo.
 Se publica todos los domingos.
 DIRECTOR D. Miguel Gomez y Gonzalez.

Domingo 14 de Julio de 1872.

Provincias: 4 reales trimestre, diri-
 giendo el valor de la suscripcion en sellos ó
 letras al Administrador del periódico.
 Extranjero y Ultramar: 10 rs.

Núm. 35

VIAJES.

En la presente época no se habla sino de viajes, y de viajes vamos á ocuparnos. Tan adelantada está ya la estacion.

Viaje de D. Amadeo á las Provincias Vascongadas y Navarra; viaje del mismo á las provincias de Andalucía; viaje del susodicho á Santander; viaje del monarca democrático al sitio de San Ildefonso; viaje del hijo de los 191 á Cataluña; todos ellos antes proyectados y luego suspendidos.

Viaje del ministro de Gracia y Justicia huyendo de las disensiones ministeriales y buscando fuerzas en Panticosa; viaje del general Serrano de la Granja á Madrid en busca de una posicion oficial para los conservadores; viaje que están haciendo sin alforjas los federales, á la mejor (para ellos) de las repúblicas posibles.

Viaje, segun varios periódicos, de los propietarios de las grandes poblaciones huyendo de lo que ya quema; viaje de los jefes carlistas de la frontera al interior; viajes de otra clase de gentes que no dejan la ida por la venida... viajes á... la mar.

Porque es de advertir que todos estos viajes y muchos mas que suenan, se encierran en dos; en dos que serán fin y principios de muchas cosas.

Esos dos viajes son precisamente viajes reales, y las crónicas de ambos, escritas de antemano, se pueden reducir á pocas palabras.

Crónica del primer viaje; viaje de monarca italiano. Por ninguna parte se va á Roma.

Crónica del segundo viaje; viaje de Rey español: todos los caminos son buenos para el que sabe llegar.

Y á la verdad, el gran problema, la gran curiosidad del dia, la solucion próxima de todos con ansiedad esperada es: ¿Cómo el italiano podrá salir? ¿Por dónde el español logrará entrar?

Que Don Amadeo, dicen papeles extran-

jeros y nacionales, decidido como está ya á dejar el puesto, aprovechará la primera ocasion oportuna que se le presente, y hará mas ó menos solemnemente su renuncia ó abdicacion. Es decir, que el cuitado anda en busca de un camino para ir á Roma sin tropiezo, y todavia no lo acaba de encontrar. Tan cierto es que no por todas partes se va á Italia.

En tanto Don Carlos tiene segura la partida, independientemente de las partidas que le defienden. Y tan cierto es así, como que si nó le trajeran sus soldados, la fuerza de las cosas, el interes general, la popular aclamacion le habian de traer. Porque si el remedio no llega antes, la República ha de venir, el Petróleo ha de arder, y Don Carlos es el único que lo ha de apagar. Una vez en pleno incendio, la fábrica de carlistas nuevos estará ya funcionando; los ciegos y los cucos tendrán que darse á partido, y el viaje real se hará con toda felicidad.

Si por cierto, y no es esta la primera vez que lo declaramos. Somos nosotros de aquellos que creen que si los carlistas nos bastamos y sobramos para ganar el triunfo en el campo de batalla, cuanto mas contando con armas, indudablemente es preferible el dia siguiente del triunfo, á vivir con adversarios conquistados y que á fuer de fieros españoles, no se acabarían de someter, el tenerlos arrepentidos, confesos y contritos de sus errores y libertades pasadas.

Con que Dios sobre todo, y si no vencemos pronto, hagamos todos el viaje de recreo á la República federal unitaria, que de cualquiera manera que sea ha de terminar por nuestro triunfo. A caballito loco, arrierito de palo, y á pueblo sordo... República federal.

El viaje á la República no será largo, pero será recreativo, provechoso y achicharrador. Por algo hace tiempo que empezamos nosotros á fabricar APAGADORES.

El fuego purifica; con que venga el cau-

terio. ¡Arda España, brille el petróleo, desátense por esas provincias en un solo dia los liquidadores sociales, salgan todos los locos de sus jaulas, los ladrones de sus cuevas, y los asesinos de sus cavernas! ¡Roben, quemen, profanen, fuercen, asolen y esterminen! A grandes males, remedios grandes. Ahí está nuestra expiacion, nuestra venganza y nuestra curacion. Al dia siguiente seremos todos ó petroleros ó carlistas.

Adelante, pues, que por cualquier camino llegamos pronto al fin.

EL SACRISTAN MAYOR.



EL ESTORBO.

¡Preciosa dinastía la de ese pollo!
 Viene, reina, nos carga,
 quiere irse en globo.
 Dura año y medio,
 y se rien de su alma
 hasta los perros!

Ahí está el principillo,
 ahí está firme,
 la consigna aguardando;
 ¡puede usted irse!
 Para huir presto
 y olvidarnos al punto,
 si tiene tiempo.

Su padre desde Italia
 le grita en vano:
 ¡En buena te has metido,
 querido vástago!

Haz el valiente,
 abdica en la primera
 y ¡sal si puedes!

¡Palabras de ministros!
 palabras gordas:
 contigo saboyano
 pan y cebolla:

Mas si nos dejas,
antes que abandonarte,
caro te cuesta!

—
¡A dónde ese pimpollo
marcha de viaje?
¡Qué provincias le llaman...
por festejarle!

Nadie conteste,
que no hay pueblo en sus reinos
que bien le quiere.

—
Tal reclama á la gente
su vista sola,
que eclipsa á sus paisanos
adiestra monas.

Pues él, sumiso,
parece que lo lleva
siempre consigo.

—
Fácil á que le roben
relo y dinero;
aunque hace un papel triste,
él llena el hueco.

Y en tanto hay otro,
nos sirve cuando menos...
¡sirve de estorbo!

EL OSO.

—No tengo que negarlo! Ocho dias hace que por primera vez entré en la villa y córte, y aun no he vuelto de mi asombro. ¡Cuán diferente es de como yo me imaginaba! ¡Cuántas disputas, y qué sostenidas peloteras he sostenido yo con el albeitar de mi pueblo, periódico en mano, acerca de las calles de Madrid!

—La plaza de Oriente debe estar á mano derecha, yendo de Toledo, me decia él.

—No, sino á mano izquierda, reponia yo.

—Pues entonces, ¿por qué se llama de Oriente si está al Occidente?

—Ahí verá usted.

—Me consta que el Congreso está en la Concepcion Jerónima, calle que atraviesa Madrid desde la Puerta del Sol hasta el Retiro.

—Está Vd. errando sin h, señor herrador.

—Así recuerdo haberlo leído yo en una novela titulada: *El heroísmo de un borracho ó Apuntes de Lucifer*.

—Pues miente la novela, ó V. equivoca la Concepcion Jerónima, con la Carrera de San Jerónimo. Además la Puerta del Sol no es Puerta como usted parece creer.

—¡Lo sabrá V. mejor que el Romo Melchor que dice que la ha visto aun no hace un mes?

—Habrá visto lo que se llama Puerta, y no lo es en realidad.

—Ya.

—Pues.

Y de esta guisa nos pasábamos horas figurando y desfigurando á nuestro placer la corte de las Españas. Tal vez estas anteriores conjeturas y discusiones, habian aguijoneado, si cabe, la curiosidad grande que yo sentia de conocer Madrid. Sobre un punto, principalmente, ocultaba con cuidado mi ignorancia, de la cual por mí mismo deseaba salir. Habia yo mil veces visto en los periódicos llamar "Villa del Oso y del Madroño" á la primera de nuestras poblaciones.

—¿Por qué?

Hay detalles que decorosamente se pueden preguntar á cualquiera sin pasar nota de marcadamente lerdo, como por ejemplo: ¿cuántas parroquias hay en esta capital? Mas el interrogar por qué Madrid se llama la villa del Oso y del Madroño, tenialo yo sin saberlo aun, por tan trivial y sencillo, que aguardaba como segura contestacion, caso de que lo preguntara alguna pulla de los cortesanos, ó alguna carcajada en pago de mi simplicidad.

Resuelto á dar por mí mismo con el Oso y con el Madroño, me lancé por esas calles.

A pesar de que, yo no sé en qué historia antigua habia leído que la tierra de Madrid era abundante en osos, tal era mi desgracia ó tal debian ir ellos disfrazados, que yo no los distinguia. Me encaminé, pues, á la casa de fieras del Retiro.

—Si osos hay en Madrid, pensaba yo, por aquí deben andar.

Y ¡oh luminosa idea! Allá, allá mismo, no bien hubo andado algunos pasos, dí con él. ¡Y cuán feo era! Es decir, cuán hermoso, segun el proverbio conocido, de que el hombre y el oso etc!

Lo confieso ingenuamente, yo vacilé un momento, dudé si sería él el oso de la leyenda, pero no bien hubo formulado esta duda, cuando of cerca de mí á un sugeto maravillado de la chusma que al objeto de mi curiosidad seguia:

—¡Ese pobre va haciendo el oso! dijo.

—Sí, sí, eso es, añadí yo; ese, ese es el oso de la villa; ese es el oso de la leyenda, y si no lo es... merece serlo.

Y á la verdad, el efecto que parecia causar en cuantos le veian, era el que ocasiona un bicho raro, un figuron risible. Algunos le rodeaban como para contemplar su rareza mas de cerca, otros le precedian como para avisar con tiempo á la gente de la proximidad del sorprendente espectáculo; estos permanecian impasibles al mirar como les saludaba, aquellos mas osados le dirigian palabras grotescas, y vivas ó muertas alusivos al acto, mordaces todos ó subversivos, como ahora se dice.

¡Ese, ese es mi Oso! exclamaba yo alegremente. ¡Ya dí con él! Y aun cuando desde un principio eché de ver que tenia forma humana, esto no obstó para sacarme de mis trece, puesto que ya comprendia yo que los ilustrados cortesanos que brotan ingenio en todos sus dichos, habian picarescamente nombrado *Oso* al que realmente lo hacia por oficio, á las mil maravillas.

Diversas veces le ví despues de esta; en coche, á pié, á caballo, y en diferentes disfraces. Mas aunque se vistiera de seda el Oso, Oso quedaba, y así al menos todo el mundo lo conocia. Variaba el local del espectáculo, la clase social de los concurrentes, la hora de la funcion, mas el público era siempre el mismo: idénticas miradas, parecidas maliciosas sonrisas, análoga impertinente curiosidad, las mismas palabritas á la oreja, ó descaradamente en alto; igual soberano desprecio de parte de los soberanos plebeyos, como de los soberanos aristócratas.

¡Oh! Indudablemente ese es el Oso de la Côte; repetia yo allá para mis adentros.

Y sin embargo, aun abrigaba algunos recelos. Para desvanecerlos me entregué á la lectura de los periódicos, que suponian yo que algo dirian, dada la impresion que el espectáculo parecia producir en *todo Madrid*, y las conversaciones que por todas partes se escuchaban.

Leí: "dará un manifiesto á la nacion, convocando una Constituyente en el plazo de quince dias... abdicará ante ella, logrando que la Constituyente no tenga que destronarle..." ¡Oh! ¡oh! ¡oh! Seguramente aquí se trata del alguien que hace el oso. Porque si como dicen por conductos autorizados, la abdicacion de alguien está decidida en principio, y ese alguien ocupa un puesto que todo el mundo sabe que pronto forzosamente ha de dejar; ¡qué papel hace el que perdida ya la fuerza moral, la autoridad y el prestigio, aguarda en tan ridícula situacion á ser el hazme reir de los que le contemplan!

Tomé otro periódico y leí: "...el general Cialdini viene á España. Su mision no es otra que salvar la vida de... *Perico el de los Palotes*, en el caso muy probable de que corra peligro..." ¡Luego Perico el de los Palotes está en Babia haciendo el oso! Consecuencia rigurosa del párrafo anterior.

Otro periódico *sensato*, LA EPOCA: "...deploro

cuanto pueda la buena fé con que creyó que era el país quien le llamaba... y evite tristezas á la nacion..." Es decir, que existió alguno á quien se le despidió cortesmente... luego hace el oso.

Y que todos estos osos, no son sino un solo Oso entero y verdadero, que vale por mil, es evidente, porque todo Madrid le nombra y le señala con el dedo... luego no sigamos adelante que ya está averiguado cuanto habia que averiguar.

El Oso es... ya lo conocen ustedes. En cuanto al madroño, debe ser el árbol de la libertad, porque es el que mantiene á aquella raza de animales.

Concluyamos. Dicen los cazadores de osos que para dar caza á uno de estos, hay que herirle precisamente en el ojo. ¡Ojo pues!

Nosotros que hacemos gala de humanos, preferimos apagar una luz, á sacarle el ojo á nuestro... oso.

¡A paguemos, pues, las luces del siglo, sacristanes, que muerta la falsa libertad, muertos los osos... de á treinta millones!

UN SACRISTAN SENCILLO.

CUADROS DISOLVENTES.

—¿Conque es cierto eso?

—¿El qué, señora?

—Que todo ha concluido ya.

—No haga V. caso, hija.

—No sabe una á quién creer.

—Pues no haga V. caso, repito, que yo he recibido carta de mi chico que está en Cataluña, y dice que allá mandan los carlistas como en su casa.

—¿Conque sí?

—Lo que V. oye.

—Pues si decian que, que si fué y que si vino, y que si mangas de lino; y que patatin y que patatán...

—Yo tambien he oido todo eso, pero es mentira. Figúrese V. que están entrando á todas horas en Solsona, en la Bisbal, en Mont-blanch, y en muchos otros puntos que yo no recuerdo; y que de todas partes van sacando raja.

—Eso, eso es lo que hace falta, y dejarse estar de pamemas.

—Así que cuenta el chico, como iba diciendo, que eso sí, les dán su tanto diario con toda puntualidad.

—Ay, hija! ese Tristany lo que vale.

—Pues ¿dónde me deja V. á Castells?

—Ninguno de ellos tiene *perde*.

—Pues decia V. que se alegraba que sacaran raja.

—Eso sí, canario, que no se mueran de hambre, y echen multas á las empresas, á los ayuntamientos, y á los que mas daño les hagan.

—Eso le queria decir á V., que Tristany ha sacado ahora un multazo de 10.000 dures.

—Así, así no les faltará dinero. Mas vale que hagan eso, que no que se retiren. ¡Hola! ¡No les pagamos la contribucion á estos bribones?

—Que no olvide V. aquello.

—Y ¿qué es aquello?

—Que cuento con V.

—Segun y conforme.

—¿Qué quiere V. decir?

—Que se explique V.

—Pues que se acercan las elecciones.

—Así dicen.

—Y que no comprometa V. su voto.

—No, no hay cuidado ninguno. Seguro puede usted estar de que yo comprometa mi voto.

—Porque yo he de disponer de él.

—¡Que tontería! ¡Pues cómo ha de disponer V. de él, si yo no lo comprometo por V. ni por nadie!

—¿Esas tenemos?

—Esas mismas.

—Pues siento decirle que dispondré de la heredad que V. tiene en arriendo.

—¡Buena! Antes que votar por moderados ó progresistas, prefiero irme á la faccion.

—¡Intransigente!

—Sí señor, lo que usted quiera. Pero yo soy un hombre decente que prefiero perder mi casa antes que ceder un ápice en mis ideas; y usted es un suicio moderado que hablaba usted pestes de Montpensier cuando destronó á doña Isabel, y ahora va usted á besarle las botas porque venga á devolverle á usted su bonito empleo.

—Lo que es eso...

—Lo que es eso es la pura verdad, y lo que son ustedes, unos hombres sin vergüenza, que por dinero, destiños ó comodidades, cambian ustedes la casaca, y venden á doña Isabel, y á Montpensier y á Cristo Padre.

—Buenos cobardones están ustedes los republicanos.

—Pero hombre, no se sulfure usted.

—¡Pueden ustedes hablar!

—Yo le diré á usted la verdad.

—Hable usted sin empacho.

—Nosotros nos íbamos á echar con los radicales.

—Bueno, pero no se echaron ustedes por su Directorio-Gallina.

—Tambien es cierto, más al fin hubiéramos hecho algo á pesar del Directorio, cuando la situación cambió...

—Y vino Zorrilla, y ustedes no necesitaron más para explicar á su sabor la tolerancia con el monarca italiano.

—Pero vamos á ver; ¿quiere usted que nos echemos al campo á correr el riesgo de ser vencidos?

—¡Por qué no! ¿No lo corren los carlistas?

—Los carlistas son los carlistas, y nosotros somos nosotros.

—Eso no tiene vuelta de hoja, como razon de pié de banco.

—¡Y no sabe V. que nos trae mas cuenta hacer las elecciones, ganar la tercera parte de los distri-

tos, nombrar ayuntamientos republicanos, recibir armas del gobierno y otros elementos en cambio de una benevolencia pasajera, y llegar vestiditos y calzados sin soltar un tiro, á figurar como dignos sucesores de Don Amadeo?

—¡Eso!

—Eso es dárselo hecho, lo que trabajosamente teníamos que hacer. Con que le convido á V. á celebrar pronto el advenimiento de la república.

—¡Buen provecho!

—Hombre ¡no sabe usted!

—No sé, sino que nada sé.

—Pues el monarca...

—¿Se escapó ya?

—Aun no señor. Pero va sacando ya los piés de las alforjas.

—¡Toma! Y se nos querrá subir á las barbas con el tiempo.

—Cá ¡no señor! ¡Si fuera solo á las barbas!

—¿Cómo?

—Se nos quiere subir un poco mas arriba todavía.

—¡A los tejados?

—No señor, á las regiones celestes.

—¡Hombre! Es caso árduo... y no seré yo quien le critique.

—¡Por qué no?

—Porque ese caso no está previsto en la Constitución. El, segun esta, tiene que estar autorizado para abdicar y aun para viajar por su reino; pero para viajar por los aires... no.

—Ea, pues ¡que vuele!

—¡Que vuele!

—¡Muchacha!

—¿Qué va á ser, caballero?

—¿Qué hay helado?

—Horchata, limon, cebada...

—Dame cebada.

—¡Chico ó grande?

—Un celemin. Digo no, grande.

—¿Con barquillos?

—No, con paja. Que sea la paja gruesa para poder sorber bien.

—Le traeré á V. de granzones.

—Aquí está, señor progresista.

—¡Toma! Chica, ¿tú sabes quién soy yo?

—Sí señor, le he conocido á V. al momento.

—¿Pues cómo?

—"Dime lo que tomas, y te diré quién eres."

—¿Cómo se atreve usted á salir de casa, amigo mio?

—¡Y eso!

—¡Pues no está usted viendo que no tropieza uno por esos mundos, sino con ladrones?

—¡Ah! sí señor. Por cierto que en pocos dias, hemos contado una porcion.

—Es natural, el ejemplo viene de arriba.

—Así es, en verdad. Pero en medio de todo, y ya que habla usted de eso, le confesaré á usted que el robo de Don Amadeo me ha hecho suma gracia.

—¿Han robado á Don Amadeo? Sea enhorabuena.

—A él no.

—¡Que lástima!

—Pero le han aligerado el reloj y cinco mil reales.

—Hombre, ¡cuánto me alegro!

—¡Chist!

—¿Qué me importa, hombre, que me oigan?

—A mí le digo á usted que me ha hecho reir.

—¡Ya no le faltaba mas que eso!

—Pues si le he de decir á usted la verdad, tengo una satisfaccion. Al fin... ¿me entiende usted?

—No señor.

—Él es italiano, y el otro será probablemente español.

—Sí señor.

—De modo que entre el uno y el otro, prefiero

EL FUSIL.

I.

Lector curioso y amable, lector discreto y sutil; ¿cuál es la cosa precisa en esta época feliz, de libertad y derechos, y de constante motin, sin la cual no hay hombre libre, ni hay existencia civil, que es seguro de la vida mientras la pone en un tris, que obtuvo gloria mas grande que Cervantes y Shakespeare, que ha conquistado á cien pueblos y ganó batallas mil; que hizo vencedora á Prusia en Sadowa y en el Rhin; invencion mas celebrada, que el gas y el ferro-carril, *vade mecum* necesario para poder hoy vivir, admirable panacea que no es un grano de anís, maravilloso remedio, incomparable elixir, del cual penden nuestra honra, la paz, la calma, el país, nuestros valientes hermanos, el triunfo del porvenir, la propiedad, la familia, la religion, *todo*, en fin, y la corona y el cetro para el duque de Madrid? Es el muy excelentísimo é indispensable FUSIL.

II.

No preguntéis al proscrito, por qué lamenta infeliz á cien leguas de su patria, su destino infausto, ruin... No interroguéis á herederos de reyes ilustres nil, porque, viudos de sus tronos,

doblan su altiva cerviz, ante encumbrados plebeyos, de la raza de los Prim... No preguntéis al anciano, que de sus dias al fin, despojado y prisionero por un sacrilego vil, uno á uno vió en Mentana á sus soldados morir; por qué la causa más noble, salió derrotada allí... No interroguéis al ministro, del Dios de Adan y David, ni á la atribulada monja, ni al fraile humilde, servil, ni al hijo de San Ignacio de la Iglesia paladin; porque en tanta libertad ellos no pueden vivir. Son soldados... si. de Cristo, pero no llevan fusil!

III.

Epoca de libertad en que cualquier zascandil subleva cuatro sargentos ó amontona el adoquin, y llega á rico, y se nombra libertador del país... Epoca en que se gobierna con la porra y el ardid, en que son glorificados Escodas y Casalis... en la cual los asesinos facedores de motin conspiradores de nota, pillos y chisgarabis, saben en las elecciones sacar triunfante al más ruin, y que al pueblo independiente que lucha con frenesi harto de infamia y de farsa, y de pagar el botin, le dominan á balazos por la razon bien pueril de que tienen mas cañones... Esta época infeliz

mas bien que de libertad es época de fusil.

IV.

Fuerza bruta, fuerza bruta, de la patria actual motriz, tirania de los menos, imperio del mas cerril, razon suprema del fuerte que se impone, porque sí, argumento cuyo peso nadie puede resistir... Lógica del cañonazo, que en nuestro estado incivil, á aquel cuya es la justicia, le dá ¡contraste feliz! ó derecho de aguantarse ó libertad de morir; Progreso que al salvagismo ha de llevarnos al fin, y á cazarlos por los montes como osos y jabalis... Ley bestial, que hace posible que un intruso maniquí domine sobre un rebaño de tropa y guardia civil, y haga tragar lo intragable explotando á un gran país... Fusil precioso y funesto, ¡oh bendecido fusil! que todo eso significas... ¡salva á los hijos del Cid! Tú nos hicistes esclavos, tú nos has de redimir, que un clavo saca otro idem y un fusil, otro fusil. Vida y esperanza nuestra, á tí clamamos, á tí, que España solo se salva con otra de San Quintin. Que cada cual se renuncie, tome una cruz y un fusil, y se bata, que así solo se acaba el mal de raíz... ¡Fusiles! gritan de España hoy carlistas mil y mil... ¡Fusiles nos faltan solo, que brazos sobran aquí!

que los tenga... pues. Y sobre todo, aquí viene de molde aquel proverbio: Quien roba á un...

— ¡Ejem! ¡Ejem! Si señor... del agua fría huye.

— ¡Se sabe quién le ha robada el reloj á Don Amadeo?

— No señor, pero se sabe quien ha robado los bienes á la Iglesia, y sus Estados al Papa.

— ¡Ya!

— Con que ya ve usted si es mas gordo ladrón este que el de los relojes, y nadie le dice nada.

¡FUEGO!

Los radicales califican á los sagastinos de CRIMINALES con letras gordas, cuyos crímenes se proponen probar ante los tribunales.

Los sagastinos llaman á los radicales polacos de manos sucias.

Todos, todos son ustedes muy ladrones y muy ricos.

¡Caramba con el cisco que han armado los liberales porque el general Tristany ha impuesto á la compañía del ferro-carril de Zaragoza á Barcelona, una multa de miserables 10.000 duros con justa causa!

Ha hecho perfectamente, puesto que de antemano tenía advertida á la empresa que evitara todo movimiento de tropas, municiones y recursos para el enemigo.

¿No estamos pagando todos los carlistas de España el dinero con que se compran elementos y se recompensan tropas para combatirnos?

Diez mil duros, dieron entre el gobierno de Sagasta y el de Zorrilla para pagar á un señor que les ofrecía denunciar á uno de los asesinos de Prim.

Los diez mil duros volaron, pero el asesino no pareció.

Es decir que en busca de un asesino, va ahora un ladrón de 10.000 duros.

Entre paréntesis, ¿de qué responden los ministros responsables?

¿No lo son del dinero derrochado? Sí, según la Constitución y el Código.

Pues que paguen.

Don Amadeo, adornado de una dalia y un clavel, se metió el domingo en una prendería.

Una crecida escolta de muchachos penetró detrás. Los chiquillos á voces decían: ¡Eh! ¡eh! ¿Cuándo se va usted?

Los agentes de la autoridad detuvieron á algunos gritadores, pero en vano. La curiosidad es muy natural.

Un periódico ha dicho que uno de estos pasados dias se hablaba en cierto gran palacio de globos y viajes aereostáticos.

¿Esas tenemos? ¡Mire usted, mire usted el bambino! Tanto corre como vuela.

¿Conque proyecta escaparse por los aires?

Ea, que le aten del pié á su dorada jaula, como diria Castelar.

Y que salgan de caza las partidas carlistas y los vecinos honrados, por si se presenta á tiro.

Tendria que ver que el primer magistrado de la nacion huyese por los aires y dejase á la nacion de á pié.

Que le corten las alas al sombrero real.

Por cierto que el tal sombrero (esto nos lo decia uno de los sombrereros más afamados de Madrid), es de lo mas mugriento y tronado que se ha visto. No es siquiera comparable al de Alan.

¡Vaya una testa coronada... que fija los ojos de los traperos!

En fin, si se ha de subir por los aires, para ese viaje ya sirve.

¡Eh! ¡eh! ¡esa pantorrilla no es de usted!

Son palabras dirigidas á un monarca democrático por su amado pueblo.

Y en efecto, bien mirado, aquella pantorrilla es de la nacion que la paga.

Un señor Matute, comerciante quebrado, por mas señas, según el periódico De Blas, ha sido nombrado intendente de la Casa de la Moneda de Filipinas.

Me alegraré que disfrute su plaza el señor Matute, y que haya mil miteros que nos peguen un buen tute, dejándonos luego en cueros por tontos y majaderos.

A un personaje italiano le robaron del bolsillo hace algunas noches en los jardines del Retiro, el reloj y cinco mil reales. Iba acompañado el robado de su caballerizo.

¡Caramba! ¡Carambita! ¡Por qué no le llevaron el bolsillo y la ropa, y el cuerpo que iba dentro?

Tambien ha sido robada la cola de uno de los leones de bronce que hay á la puerta del Congreso.

Pecado con cola se llama ese latrocinio.

Se van á conceder cinco títulos de nobleza.

Todo liberal es conde.

Hay un Sr. Piulla, director general de propiedades y derechos del Estado, quien según la Gaceta del viernes ha sido condenado á pago de maravedís por plazos atrasados de bienes nacionales.

Es decir que ese señor se mandará á sí mismo pagar, y probablemente á sí mismo se contestará con la mayor desfachatez:

— Pues no me da la gana, y hará bien, porque mal se puede ser radical sin tener bienes raíces.

La partida carlista aparecida en Sierra-Cabrera, provincia de Zamora, nos dicen de allá, sigue creciendo é instruyéndose cerca del camino de la Segundeira, á las dos leguas y á la vista de la Puebla de Sanabria. Son como unos 300, pero no podrán armar á tantos como allí afluyen, sobre todo de Valdeorras. Los carabineros y civiles disponibles en esta provincia, se han acercado lo posible y allí permanecen destacados y llenos de miedo. Entre estos carlistas y otros, que yo me sé, van á proporcionar á Zamora el gusto de tener 1.000 facciositos bien pronto.

El cura La Hoz se permitió decir desde el púlpito de San Isidro á D. Amadeo, que si no cumple sus compromisos, tendrá que volver á la tierra.

¿Y qué le pasó á ese curita? ¿No le fusilaron?

No señores; ¡era cura liberal! ¡Horror, terror y furor!

— Tres meses, nos decia hace pocos dias un amigo, tres meses hace ya que no se predica en Estella.

— ¡Y quién lo impide?

— En rigor, nadie. Pero es seguro, que sea cual sea el asunto sobre que se predique, los liberales lo toman por donde quema y...

— Pero hombre, que prediquen pláticas morales, sobre cualquiera vicio.

— ¡Bueno está! ¡Y como no hay vicio que no tengan los liberales, se dan por aludidos y...

— Entonces fusiles, hombre, y nada mas que fusiles.

Todavía siguen en las prisiones militares los individuos de la Junta Central carlista.

Aunque en justicia no procede retenerlos, cuéntase que el gobierno no se ha atrevido á dejarlos en libertad, porque dice que tiene noticias que la guerra civil va á tomar nuevo incremento en las provincias del Norte.

¿Y qué tiene que ver... Zorrilla con las temporas?

Precisamente por eso, dejan de estar muchos carlistas en el campo.

La venida del general italiano Cialdini, es justificada por algunos que dicen que viene á sacar las castañas del fuego, ó al bambino del imbarazzo.

¡Reyes por el pueblo ungidos juguete del pueblo son!

Los Amadeos traídos,

son ¡ay! reyes, que elegidos

caen por escotillon.

¡Ay! ¡ay! ¡ay!

¡Ay! ¡ay! ¡ay!

¡Ay! ¡ay! ¡ay!

¡Ay! ¡ay! ¡ay!

¡Ay! ¡ay! ¡ay!

¡Ay! ¡ay! ¡ay!

¡Ay! ¡ay! ¡ay!

¡Ay! ¡ay! ¡ay!

¡Ay! ¡ay! ¡ay!

Solucion á la charada del número anterior.

Viendo que se desmorona la situación con gran priesa, á alguno le desazona el que entre alguien por sorpresa como Castell en Solsona.

Ya está decidido el viaje de Don Amadeo á Santander y las provincias Vascongadas. Saldrá del 20 al 22.

De aquí á entonces... ¡cuántas cosas sucederán!

En Sevilla y Cádiz ha habido en la semana pasada su poco de encerradas y chamusquinas.

¡Ensayos! ¡Ya vendrá la función!

Un apreciable y valiente republicano nos ofrece su leal concurso, vista la inacción de los suyos, á condicion de que le demos armas.

A continuación van algunos curiosos detalles de la muerte de Francesch, que nos comunica nuestro corresponsal:

«El plan de Francesch, según parece, no podia estar mas bien combinado. Apoderarse de 150 caballos de la guarnicion, 200 armas de fuego y 13.000 pesos de la caja del regimiento: armar luego al pueblo que se le hubiera unido, y con 1.000 hombres penetrar en Tarragona, donde no habia mas que tres compañías de guarnicion.

El jefe carlista fué el único de la partida que cayó en poder de la tropa, y aun fué porque él mismo, sintiéndose morir, exigió le abandonaran.

Preso que fué, no dirigió la palabra á los oficiales, que fueron los que con tan poca nobleza le hicieron fuego; solo pidió lo que necesitaba á los cabos y soldados. Rogó ser trasladado á casa de un carlista, y se lo negaron. Suplicó ver á un carlista tan solo, y tambien se lo negaron, y en términos tan duros, que no volvió á abrir boca ni siquiera para quejarse.

El entierro fué humilde. Se ha comprado una sepultura, á fin de que no sea enterrado en la fosa común, por si su familia desea un dia reunir sus cenizas á las de la familia. Ahora se harán probablemente unos funerales con toda pompa, si el gobierno, metiéndose en lo que no le incumbe, no lo prohíbe.»

CHARADA.

Es la primera imperativo de cierto verbo vulgar; es segunda cierta sílaba la consonante vocal; es tercia un verbo en tercera persona del singular, del pretérito perfecto de otro verbo muy usual. Y es el todo, lo que viene con toda celeridad, y que á muchos... mequetrefes sin duda sumergirá.

GEROGLIFICO.

